

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

«JOVENES» Y «ADULTOS» LOS DELIRIOS DEL PROFESOR REICH (1)

UNO comprende a menudo por qué hay (¿o ha habido?) la llamada «rebelión de la juventud» —una frase que no dice gran cosa, pero con la cual todos nos entendemos: es ese conglomerado de preferencias, repugnancias, gestos, maneras, móviles, modismos, atavios, módulos visuales y sonoros que permite identificar a «los jóvenes» frente a los «adultos». Claro que después de entenderlos todos hay todavía que entenderlo casi todo, lo que no se hace con ninguna frase. La susodicha «rebelión de la juventud» es materia harta complicada.

Por lo pronto, y a despecho de lo mucho que todos los jóvenes parece que se parecen, corren por dentro diferencias muy considerables —económicas, sociales, históricas, culturales, y hasta cronológicas, ya que entre los catorce o los quince y los veinticinco o los treinta hay muchos años. Es todo lo contrario de los mismos perros con distintos collares, porque aquí justamente los collares son idénticos, pero quienes los llevan difieren entre sí no poco. Con idénticos aparejos, ¿qué tiene que ver la bobita que se extasia, o desmaya, ante los alaridos de su ídolo, con la protestataria que echa un poco más de leña al fuego para ver si todo arde como es debido? Con pelo largo, símbolos de paz —o del Zodiaco— a granel, ¿qué tiene que ver el «fils à papa» que, después de todo, se va a hacer cargo del negocio, con el que no tiene en realidad, y no sólo en su imaginación calenturienta, ni oficio ni beneficio? ¿El que adquiere andrajos para ponérselos a fin de demostrar su desprecio de las convenciones «adultas» con el que no necesita comprarlos porque otra cosa no tiene que ponerse? ¿O simplemente el que resuelve su problema andando perpetuamente a remolque con el que tiene un problema real que no sabe cómo resolver? Lo primero que habría que hacer, pues, al emplear palabras como «juventud», «rebelión», «protesta», «contra-cultura» y otras similares, es no meterlas en un cajón de sastre y sacarlas a todo propósito.

Pero supongamos que no hay más remedio que simplificar, y que hay, sin más, «los jóvenes» frente a «los adultos». Uno comprende muy bien por qué, con todos los distinguos y subdistingos que se quieran, «los jóvenes» se rebelan, o han rebelado.

No tiene pies ni cabeza mantener que «los adultos» —que, por lo demás, no están tan conglutinados como se los pinta— tienen las riendas del mando, porque tales riendas no suelen estar en manos de tan vasta masa de gentes. Pero es cierto que muchos adultos viven según normas usualmente asociadas con tipos de corrupción que prosperan entre quienes mandan. Por ejemplo, no pocos adultos secretan, aunque sea con la mejor intención del mundo, rimeros de mentiras, silencios, alusiones y subentendidos que suelen impacientar a los jóvenes, los cuales, muy justificadamente, acusan a los adultos de disimulo, artificio e hipocresía. Es difícil no simpatizar con los jóvenes en este aspecto. Supongamos, para facilitar el argumento, que la sinceridad, espontaneidad y autenticidad de que los jóvenes hacen alarde son intachables: ¿no es esta actitud ejemplar, y muy necesaria, en un mundo que ha acumulado gigantescos depósitos de inhibiciones y represiones de todas clases, formas y tamaños? Por sí ello fuera poco, hay otras razones en favor de la oposición a los adultos por parte de los jóvenes; muchos de éstos han marchado a

la cabeza —a menudo arriesgando la propia— de causas que sería necio descartar por considerarlas confusas, ingenuas o poco realistas, sobre todo cuando resulta que quienes se ponen tan serios o se jactan de ser muy «realistas» están, en el mejor de los casos, bastante fuera de la realidad y, en el peor de ellos, defienden sus propios intereses, algunos confesables y otros no tanto.

Perfectamente. Saludemos a la «nueva generación», como se la llama por falta de mejor nombre, y hasta retirémonos por el foro los que representemos un obstáculo a los ideales por los que —recuérdese que estamos simplificando furiosamente— tal generación lucha, o ha luchado, o en virtud de los cuales adopta, o ha adoptado, maneras de vivir que confunden y chocan a muchos «adultos».

Esto es una cosa. Lo que ha hecho el profesor Charles A. Reich es muy otra.

Suponiendo que parte de los lectores no tienen aún noticia, o la tienen sólo parcial, de lo que califico de «los delirios del profesor Reich», me permitiré resumir lo más granado de ellos antes de explicar por qué juzgo que el antedicho profesor ha tomado el rábano por las hojas.

De vez en cuando se publican ciertos libros que tratan de explicar «lo que pasa» (y con frecuencia lo que pasará) y que de repente se encuentran en las manos —y en la boca— de millones de ciudadanos. Bastantes de esos libros son pura bazofia, y uno no se explica (aunque sí, realmente, uno se lo explica) por qué alcanzan semejante predicamento. Por ejemplo, se publicó hace relativamente poco tiempo en Estados Unidos un volumen firmado por un tal Alvin Toffler en el título de «Choque futuro» («El choque del futuro»). Desde cualquier punto de vista que se lo mire es una ingente colección de necesidades sobre asuntos como «El empuje acelerativo», «El hombre modular», «La adhocracia futura», «La dimensión física» (y la psicológica), «Frente al mañana», «La estrategia del futurismo social», «La democracia anticipatoria» y qué sé yo qué más. Pasemos piadosamente ante esos engendros, inclusive si nos permiten «hacer frente a nuestra colisión con el futuro». El profesor Charles A. Reich, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Yale, no ha llegado a tanto —ni a tan poco—. Ha cocinado también su librito sobre nuestro tiempo y el próximo —librito que, como bastantes de los de su especie, tiene varios centenares de páginas, porque este género de literatura se caracteriza por una especie de pasión por darlo todo bien masticado, y esto exige mucho espacio—, pero sería injusto compararlo con un pastel del tipo del de Toffler. El libro de Reich no merece ni la quinta parte de la batahola que se ha armado en torno a él —y a la que modestamente ahora contribuyo—, pero no es completamente desdeñable. ¿Por qué, pues, hablar de él bajo la especie de «Los delirios del profesor Reich»?

Este libro —que se titula, iba a olvidarme de ello, «The Greening of America»; como si dijéramos, «El reverdecimiento de América (o de los Estados Unidos de la misma)» — corta por lo sano y sienta sin más que «América» —y, aunque no se dice, podría entenderse que toda la titulada «civilización occidental

moderna» — ha pasado por dos fases y está ya de lleno en una tercera. Los nombres de estas fases son simples: «Conciencia I», «Conciencia II» y «Conciencia III». No se pretende que se han sucedido una tras otra, porque en cada una —en cada una de las dos últimas por lo menos— persisten características de las precedentes, pero de todos modos cada «Conciencia» se opone a, cancela y supera a la anterior, en buena lid dialéctica.

La «Conciencia II» —que, como es de prever, advino como «ca» en la que imperaba el ideal del «laissez faire, laissez passer», el sueño de una sociedad que se regulara a sí misma por la lucha y la competencia y donde cada cual tuviese las mismas oportunidades que todos los demás de «llegar a la cumbre». Esta «Conciencia» tuvo sus lados buenos —la apertura de nuevos horizontes, el pluralismo de creencias, la liberación de trabas, y una especie de vago y generoso humanismo— y sus lados malos —el egoísmo, la dureza y la suspicacia.

La «Conciencia III» —que, como es de prever, advino como consecuencia del fracaso de la I— es característica del período en el cual, en vez del puro, y casi salvaje, individualismo; han predominado las instituciones, al punto que los hombres se van convirtiendo en «hombres» (o sirvientes) de instituciones; en vez de la aristocracia, o de la democracia, adviene la burocracia y, en general, la «meritocracia»: a menos que se demuestre lo contrario, todos los hombres de esta Conciencia son «meritorios». Los valores capitales de esta Conciencia son la ciencia, la tecnología, la organización y la planificación. La competencia no desaparece, pero adopta la forma de la lucha interinstitucional. Aumenta el poder del Estado, pero no por ello su autonomía. La maquinaria del Estado es manipulada por grandes intereses privados, esto es, anónimos; bajo la apariencia de la ley pululan los privilegios; la legalidad está tejida con ilegalidades. Ni que decir tiene, la Conciencia II está llena de contradicciones. Se aspira a aumentar el poder económico de los miembros de la sociedad, pero en beneficio de las grandes sociedades anónimas —que pueden incluir el propio Estado como una especie de «supersociedad superanónima». Se desarrolla el consumo, pero a la vez se regimata al consumidor. Se predica una ideología de aire reformista-liberal; bajo ella yace y prospera una filosofía política, social y económica profundamente conservadora. La Conciencia II es más esquizofrénica que ninguna otra. Es casi —el profesor Reich no lo dice, suponiendo que se le hubiese ocurrido— la conciencia desgarrada como conciencia infeliz de que Hegel habló antes de que semejante Conciencia levantara cabeza.

«Conciencia III» merece artículo aparte, porque es ahí donde el profesor Reich empieza a destornillarse. Hasta aquí, la verdad, ha estado diciendo cosas hartas sensatas, aunque nada del otro jueves. Las cosas que dice a propósito de la Conciencia III —empezando por la propia idea de tal «Conciencia» — no son tampoco enteramente nuevas, pero son a menudo bastante insensatas. Obviamente, no es fácil aparejar la sensatez con la originalidad.

J. FERRATER MORA

LAS PALABRAS ESO QUE LLAMAMOS POESIA...

PRONTO se cumplirá el centenario del nacimiento de Paul Valéry, y ya cunde la literatura conmemorativa. Es lo propio del caso: el ritual. Y propio del caso es, también, preguntarse: ¿hasta qué punto «el difunto es un vivo»?... No hará falta que pida perdón por la vulgaridad de la fórmula. Precisamente la escogí porque es lo menos «valéryano» que en este momento se me ocurre. Al celebrar el jubileo —póstumo o no— de muchos, muchísimos otros escritores, se podrá empezar por otro lado: hablando de sus temas, de sus mitos, de sus peripécias eróticas, de su extracción social, de su éxito, o de lo contrario, o de lo que sea. Con Paul Valéry la cosa no es diferente, desde luego. Pero algo se avanza en el comentario: la palabra. La palabra como problema. Por supuesto, decir Paul Valéry es decir «poesía pura». Mejor sería: «palabra pura». Y los aficionados al asunto ya sabrán remitirse a un célebre texto de Mallarmé, papa y papá de Valéry, en definitiva: aquel en que propone dar un sentido «más puro» a las «palabras de la tribu». Mallarmé lo proponía, y lo conseguía a medias: la «palabra», en los versos de Mallarmé, no son más que un runruno ambiguo, con destellos circunstanciales. Valéry llevó el propósito a un extremo absoluto. Para él, la «palabra» —cada palabra— es, o tenía que ser, la «antipalabra»...

Me explico. No hay «palabra pura». La palabra siempre es impura. O sea: equívoca, rutinaria, maquina. Al fin y al cabo, nos servimos de ella, y a fuerza de hacerla «servir» se nos convierte en mero trámite. Más de un lingüista la ha comparado a las viejas monedas metálicas, de duración secular, que, en el trasiego de manos y bolsillos, iban perdiendo la marca de la acuñación y la exactitud del redondeo. Dios Nuestro Señor no concedió al hombre el don de la palabra para hacer poesía lírica, sino para estipular contratos de compraventa, para referir

chismorreos y para aliviar las tensiones familiares. Sólo que, de vez en cuando, por ahí, sale un poeta. El poeta tiende a corregir la fatalidad de deterioro que affige a la palabra. La quiere libre y nítida, perfecta y jovial: como en boca de Adán en un Edén intacto. Es una pretensión tonta, naturalmente. Ni hubo tal Adán filológico, ni su Edén pasa de ser una dócil voluta imaginativa: Las «palabras de la tribu» no admiten purificación: al usarlas, la tribu las enturbia, las pervierte, las banaliza. Con ellas, el poeta sólo puede fabricar sarcasmos: parodias, con palabras, de las palabras habituales. Pero el poeta «serio», obsesionado por el afán de «pureza», intenta sacar punta al hecho verbal, obligarle a navegar entre la música y la semántica. Es decir: lo contrario de la «palabra» corriente y moliente. Valéry pretendió que, en su poesía, la «palabra pura» no fuese un instante ocasional, como en Dante, en March, en Garcilaso o en Ronsard.

No un instante, sino todo el rato. Que lo consiguiese o no, en sus poemas, es otra historia. Lo que importa es la intención. Valéry manifestó, una vez, o más de una vez, su desdén por la novela. Son conocidas las reticencias con que lo expuso. Paul Valéry se negaba a escribir una frase como ésta: «Serían las cinco de la tarde cuando la marquesa salió de su palacio...». Pudo haber optado por el cliché opuesto: «Serían las siete de la mañana cuando el obrero cogía el Metro para ir a la fábrica...». Las novelas se escriben así: informas al lector de las idas y venidas de las marquesas o de los obreros, y eso no puede hacerse sino utilizando la palabra nuestra de cada día, la palabra triste, vulgar y directamente designativa. «Para escribir eso no hace falta un escritor; basta un escribiente», añadía Valéry. Y no le faltaba razón. Los escritores escriben las cosas por su nombre, y valgan la manera de decirlo. El escribiente arque-

típico sería el dócil empleado de notaría —el de ahora y el de siempre—, que, por oficio, «da fe» de algo: un inventario de muebles, una última voluntad, las cláusulas de cualquier contrato. Sería curioso indagar si el «escribiente» fue, cronológicamente, anterior al «escritor», o viceversa. Sin duda, el escribiente. El escritor es un lujo; el escribiente —una vez inventado el alfabeto, y la notaría subsiguiente— ha sido y es, ¡ay!, una necesidad. Los escritores tocan la flauta; los escribientes redactan leyes, llenan de inscripciones los registros de la propiedad, fabrican testamentos, tratados de física nuclear, monografías eruditas, artículos de periódico. Yo, más que un escritor, soy un escribiente. Y lo son los novelistas. Más aún los novelistas. Aceptemos la evidencia.

Valéry, hombre de «palabra pura», tuvo que ser hombre de pocas palabras. Naturalmente. Pudo ganarse el jornal si llenar demasiadas cuartillas al cabo del año, y, en consecuencia, las pocas que confeccionaba alcanzaban un nivel sublime. No pretendo reducir el asunto a términos meramente económicos, pero en el fondo de Valéry hay mucho de eso: en los antipodas de un Balzac o de un Dostoievski, asegurado el alimento diario, se entregó a elaborar los «Charmes», «Le Cimetière Marin» y otras «delikatessen» prodigiosas. Ciertamente que nadie más, por muy subvencionado que estuviese, habría alcanzado estas cimas insignes de «palabra pura». Pero el mismo Paul Valéry, sin ayuda de costas, hubiera sido bastante menos «puro»... Afortunadamente, alguien le pagaba. Soy de los que piensan que «Le Cimetière Marin» es una estupenda realización literaria: de las que entran pocas en libra. El poema es magnífico: incomparable, y la comparación podría hacerse con Horacio, con Shakespeare, con Shelley, con Petrarca con Eluard. Es el pirulí lírico por excelencia. No sobra una palabra: no hay en

él una sola palabra que no sea una «palabra pura». Nunca sabremos cuánto tiempo le costó escribir a Valéry lo que nosotros leemos en unos diez minutos. «Non vi si sabe quanto sangue costa», decía el Dante. Es un diamante. Todo Valéry es un diamante. Pero de tan año tan excepcional que no puede ser usado como joya, y se queda en exhibición de museo.

Por lo demás, pensando en «Le Cimetière Marin», personalmente, nunca puedo evitar la mención al abate Cavanilles. Don José Antonio Cavanilles fue un célebre valenciano del XVIII que se dedicó a las ciencias naturales: fósiles, estratos geológicos, hierbas, y cosas así. Publicó unas «Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia», todavía insuperadas a estas alturas, si exceptuamos las estadísticas. En este largo y precioso papel, escrupulosamente descriptivo, mi paisano se permitió de vez en cuando alguna nota subjetiva. Y así, viniendo de tierra adentro, por lo que hoy es la provincia de Castellón de la Plana, llega a un altozano desde donde se columbra el mar. Cito de memoria, y creo que dice «la mar». El género es lo de menos. Y escribe: «La mar, siempre interesante». Paul Valéry, en su poema, escribió: «Toujours recommencée». Valéry veía la mar con ojos de poeta y buscó un adjetivo «puro»: «recommencée». Hay que acudir a los adornos helénicos —la «sonrisa innumerable» y otros por el estilo— para encontrar un acierto que se le acerque en justeza y energía. El bueno de Cavanilles no estaba para estas bromas. Para él, la mar era una tentación científica. «Siempre interesante». Si aislamos las «palabras», las de Cavanilles me parecen «casi» tan alucinantes como las de Valéry. No son nada poéticas, claro. Pero ni falta que les hace.

Joan FUSTER

A CADEMIÀ PRÀCTICA

PELAYO, 11 - COMERCIO - IDIOMAS - SECRETARIADO - BARCELONA

PERITAJE Y PROFESORADO MERCANTIL